

Vida consagrada: a la luz de la teología latinoamericana

A lo largo de la historia, la vida consagrada ha sido impacto necesario y abarrotado de belleza, de propuesta trascendente y de Evangelio encarnado. En décadas anteriores, motivados por una rica y profunda reflexión teológica en el continente latinoamericano, muchos religiosos y ante todo religiosas se retiraron a una vida desacomodada con el mundo y se fueron al desierto de los barrios marginales. Eso implicó alimentar la utopía, contemplando la realidad desde la otra orilla e ir arrojando el lastre que pesa, que paraliza, que entorpece ese deseo profundo de buscar a Dios y vivirlo todos los días sin violencia interior, sin tantas trabas y defensas, sin tanta normativa, aunque sea actualizada.

Sin embargo, los hechos pasan fácilmente a ser recuerdos. Hoy tenemos la sensación de que la vida religiosa no es un colectivo rebosante de vida, efervescente de inquietudes y creatividad, lleno de propuestas para atinar con los rumbos del futuro. Marginal, sin liderazgo social, ausente de los foros importantes donde se juega la opinión pública y el futuro. Su intervención está más cerca al conservadurismo que a la utopía. Hasta se justifica la pasividad y falta de reacción... No es hora de profecía, sino de sabiduría, no de éxodo, sino de exilio, no de revoluciones, sino de reformas, no de macro, sino de microesperanzas.

Hablamos de crisis... una crisis del sentido y el sabor de la misma vida religiosa. Parece que su sentido se diluye en algunos creyentes y religiosos como azucarillo en humedades. Nos jugamos en este momento de la historia la significatividad de la vida religiosa y su vocación de ser testigo en el presente, porque más que nobles retablos queremos seguir siendo diseños de

vanguardia. Para ello, este número de TESTIMONIO nos invita a meditar qué ímpetu nos vigorizaba ayer y qué quietud indiferente y lasa nos apabulla hoy. Los autores y autoras aportan sus manifestaciones patrocinadas por el ferviente deseo de abrir ventanas dejando que entre a formar parte de nuestros hábitos cotidianos la capacidad crítica, la pluralidad de pensamiento, y ante todo la profundidad de nuestras reflexiones.

Es tiempo de abonar la tierra. Hemos vivido, como Marta, inquietos, preocupados, dispuestos a darlo todo. Es hora de rescatar la dimensión reflexiva que hemos perdido a fuerza de quehaceres hasta caer en la mediocridad. Lo peor que nos puede suceder no es perder el tren en la historia, sino perder a Dios que viaja en ese tren. A la vida religiosa nos está saliendo la gloria de Dios en cada recodo del camino para alentarnos a no perder de vista el ideal de nuestra consagración que es Dios mismo. Dios aparece en la búsqueda de sentido, porque el sentido no está en lograr una explicación de la existencia, sino en la iluminación interior de la profundidad de lo real. También en la realidad podemos y debemos discernir la voluntad de Dios escrita en la vida.

Estamos haciendo referencia a lo que supuso y supone para la vida religiosa la reflexión teológica en el continente latinoamericano, porque la teología es siempre un kairós que llama, despierta, convoca, desafía. Sin reflexión teológica en nuestra vida consagrada, todo se vuelve ambiguo y sin relieve, toscamente secundario. La reflexión teológica es como la raíz oculta que sostiene las ramas. El dolor y la lucidez nos hacen vivir con intensidad. Con la lucidez de la teología las experiencias se transforman en esperanza. El conocimiento teológico es un conocimiento no solo informativo, sino performativo, un conocimiento enamorado y entrañado. Una invitación a seguir avanzando por el camino que conduce al misterio. Sin reflexión teológica, la vida religiosa se fosiliza, como un dinosaurio más.

La teología para quien reflexiona supone siempre una fe de vida, un acta levantada a la esperanza. Sin ella, y sin apenas advertirlo, uno se encuentra enganchado de nuevo a la rutina. Entonces, más cohibidos que estimulados, solemos optar por lo seguro, renunciando a la utopía y abandonándonos a la inmediatez. Por el contrario, a mayor lucidez de fe, mayor libertad de espíritu, de palabra, de acción.

La teología latinoamericana nos lleva a purificar nuestra idea sobre Dios, para que no promocionemos al dios de nuestras ideas. Un Dios encarnado, que tiene nombre, Jesús, y que es de los nuestros. A veces nos empeñamos en vestirlo de superman y con rostro hollywoodense. Y cada vez que lo desencarnamos, lo espiritualizamos y lo sublimamos, lo alejamos de la humanidad miserable, y lo encerramos en el Sancta Sanctorum de Jerusalén donde nunca estuvo. Sin reflexión teológica, en la vida religiosa hay mucho Cristo roto, mucho Jesús por la mitad, mucho “mi Jesús” reduccionista. Por

desgracia, la teología para un buen número de religiosos y religiosas es esa sala de estar que suele haber en ciertas mansiones donde no se está nunca.

La teología latinoamericana nos ha abierto rendijas por donde se cuele el amor de Dios en los corazones humanos. Nos lleva a denunciar aquello que es muy de este mundo, pero muy poco del Reino proclamado por Jesús. La teología latinoamericana nos recuerda que el sagrario de Dios es el mundo, al que amó hasta entregar a su Hijo; nos recuerda que la mediación de la autoridad de Dios es la “autoridad de los que sufren”. Con la teología se activan gozosamente todos nuestros resortes, los espirituales y los humanos, con el fin de vivir a tope nuestra propia consagración religiosa.

Vida religiosa... No te empeñes en seguir caminando con los pies y no con la cabeza y el corazón. Cultiva tu sensibilidad teológica en tiempos de crisis. Escucha a El Principito: “Si quieres construir un barco, no empieces por buscar madera, cortar tablas o distribuir el trabajo, sino que primero has de evocar en los hombres el anhelo del mar ancho y libre”.